

**EL HÉROE, EL VIAJE Y LA CONSTRUCCIÓN  
DE LAS IDENTIDADES SOCIALES.  
LAS MINAS DEL REY SALOMÓN COMO MODELO**

*THE HERO, THE JOURNEY AND THE CONSTRUCTION OF SOCIAL  
IDENTITIES. KING SOLOMON'S MINES AS A MODEL*

Alejandro Lillo\*  
Universidad de Valencia (España)

*Quiero dedicar este artículo a la memoria de  
Aitor Pérez Blázquez, historiador, profesor, amigo.*

**RESUMEN:** El objetivo de las páginas que siguen es comprender mejor cómo se construyen las identidades sociales y de qué manera esas construcciones influyen sobre la ciudadanía. Para ello, analizaré a un tipo de héroe que surge en Inglaterra a lo largo del siglo XIX: el relacionado con el viaje y la exploración. Es un héroe que asume una tradición milenaria y la desarrolla en una determinada dirección. Su propósito es reforzar una idea del mundo que sirva a los intereses de los grupos sociales que crean o moldean a esa figura heroica y que, a través de ella, aspiran a que esa imagen del mundo se vuelva dominante, impregnando a todos los sectores sociales. Tras apuntar algunas de las más destacadas modalidades de viaje del siglo XIX, recurriré a una obra de ficción, *Las minas del rey Salomón* (1885), para demostrar cómo la literatura de evasión es capaz de sintetizar todo un conjunto de intereses políticos, económicos y sociales de un grupo social determinado y expandirlos al conjunto de la sociedad.

**PALABRAS CLAVE:** historia cultural, literatura de viajes, imperialismo, Las minas del rey Salomón

**ABSTRACT:** *The purpose of the following pages is to better understand how social identities are constructed and how these constructions influence citizenship. For this, I will analyze a type of hero that emerged in England throughout the nineteenth century: the one related to travel and exploration. He is a hero who assumes a thousand-year-old tradition and develops it in a certain direction. Its purpose is to reinforce an idea of the world that serves the interests of the social groups that create or mold that heroic figure and that, through it, aspire to that image of the world becomes dominant, permeating all social sectors. After pointing out some of the most outstanding travel modalities of the nineteenth century, I will turn to a work of fiction, King Solomon's Mines (1885), to demonstrate how the literature of evasion is able to synthesize a whole set of political, economic and political interests. social groups of a specific social group and expand them to the whole of society.*

**KEYWORDS:** *cultural history, travel literature, imperialism, King Solomon's Mines*

\* **Correspondencia a:** Alejandro Lillo. Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia. Avda. Blasco Ibáñez, 28. 5.º piso. Valencia 46010 – [alejandro.lillo@uv.es](mailto:alejandro.lillo@uv.es) – <https://orcid.org/0000-0002-7389-8910>

**Cómo citar:** Lillo, Alejandro (2019). «El héroe, el viaje y la construcción de las identidades sociales. Las minas del Rey Salomón como modelo»; *Historia Contemporánea*, 60, 541-580. (<https://doi.org/10.1387/hc.19524>).

Recibido: 28 marzo, 2018; aceptado: 6 julio, 2018.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2019 UPV/EHU



Esta obra está bajo una licencia  
Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

La cultura, tal como teorizara Antonio Gramsci en la década de 1930, es de una importancia capital para el poder dominante. Según el pensador italiano, y desde una perspectiva dialéctica, la cultura no es una mera «superestructura» de las condiciones materiales y económicas de la existencia, sino que se vuelve fundamental para crear, mantener y justificar una determinada organización económica, política o social. Esta posición lleva a Gramsci a formular una idea básica, que se concreta en su concepto de hegemonía: «La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como «dominio» y como «dirección intelectual y moral»<sup>1</sup>. Es decir, que un grupo social que se haya convertido en dominante no sólo debe someter a sus enemigos, sino también guiar, dirigir y mantener convencidos a los grupos afines, o al menos a aquellos que no se le oponen frontalmente. Este objetivo se consigue por medio de los intelectuales que se asocian a ese grupo de poder. Y aunque para Gramsci todo el mundo «desarrolla fuera de su profesión una actividad intelectual», no todas las personas «cumplen en la sociedad el papel de intelectuales»<sup>2</sup>.

La gran teorización del pensador italiano afirma que el poder no des cansa sólo en las estructuras del Estado —con sus mecanismos coercitivos, administrativos o ejecutivos—, sino que permanece diseminado en distintos oficios o profesiones: periodistas, funcionarios, artistas, sindicalistas, políticos, líderes locales, escritores... y, en menor grado, en cada hombre y mujer que tienen una idea del mundo o una «conducta moral consciente». Todas las personas, en la medida en que actúan como intelectuales, colaboran activamente para mantener o luchar contra una determinada situación hegemónica. Al defender y expresar sus opiniones y puntos de vista, todos ellos contribuyen a «sostener o modificar una concepción del mundo»<sup>3</sup>.

De este modo, la idea de «cultura» gramsciana, entendida como un espacio en el que se dirimen los conflictos, en el que se representan unas luchas de poder y de dominio superando las nociones marxistas clásicas de base y superestructura, se vuelve decisiva: la cultura es tan importante para quien domina o aspira a dominar la sociedad como la política o la economía.

Uno de los estudiosos que mejor integró las ideas de Gramsci en su propia concepción de la cultura fue Raymond Williams. Revisando y aclarando los conceptos fundamentales marxistas, Williams muestra cómo la

<sup>1</sup> Gramsci, 2011, p. 89.

<sup>2</sup> Gramsci, 2011, pp. 107 y 102.

<sup>3</sup> Gramsci, 2011, p. 107.

sociedad no es un espacio vacío, una «cáscara muerta», que se limita a enmarcar los actos de los individuos y las colectividades. La sociedad «es siempre un proceso constitutivo de presiones muy poderosas que se expresan en las formaciones culturales, económicas y políticas»<sup>4</sup>. Williams incide en la importancia del concepto gramsciano de «hegemonía», no sólo porque va más allá de la clásica dicotomía entre «base» y «superestructura», sino porque está en condiciones de explicar mejor los complejos modos de dominación vinculados con la sociedad industrial moderna. Para él, y siguiendo a Gramsci, las clases dominantes no sólo dominan directamente por la fuerza; también dominan y conservan ese dominio porque sus ideas han sido aceptadas por las clases subalternas<sup>5</sup>.

Bajo estas premisas teóricas, apuntadas aquí brevemente, pretendo analizar desde la historia cultural las complejas relaciones que se establecen entre *Las minas del rey Salomón* (una novela de aventuras publicada en 1885 con gran éxito de ventas), la literatura de viajes de la época (muy vinculada con el proceso de expansión imperial en el que por entonces se hallaba inmersa Gran Bretaña), y la milenaria figura del héroe (cuyo origen se remonta a la antigüedad y cuya influencia perdura hasta nuestros días). El objetivo de este artículo no es trazar una teoría del héroe; tampoco analizar todas las dimensiones con las que se dota la literatura de viajes del Ochocientos; de igual modo, no pretende cubrir el conjunto de lecturas e interpretaciones que pueden extraerse de una novela tan rica, tan estudiada y con tanta influencia como *Las minas del rey Salomón*. El propósito del presente trabajo es mucho más modesto.

Teniendo en cuenta, como ya he apuntado, que es en lo cultural donde confluyen los intereses políticos, económicos e ideológicos de los distintos grupos sociales; que es ahí donde los seres humanos construyen, modifican y defienden sus puntos de vista sobre la vida y el mundo, sobre la masculinidad y la feminidad, sobre lo que significa pertenecer a una nación o a un grupo social determinado; teniendo en cuenta esto, el objetivo de las páginas que siguen es comprender mejor los mecanismos culturales por medio de los cuales los grupos dominantes construyen (o intentan construir) las identidades sociales de la ciudadanía, esforzándose por volverlas hegemónicas; de qué modo elementos ya existentes en el imaginario social y cultural son redirigidos hacia una determinada dirección con

---

<sup>4</sup> Williams, 1997, p. 107.

<sup>5</sup> Burke, 2006, p. 40.

el objetivo de conseguir unos efectos y obtener determinadas reacciones que sirvan para justificar, tolerar o permitir ciertas conductas, unas políticas o actuaciones y no otras.

Para ello he dividido el artículo en cuatro apartados. En el primero me ocupo del héroe entendido como una figura de orígenes remotos pero cuya influencia abarca prácticamente toda la historia de la humanidad. Centrándome en el héroe «occidental» trato de mostrar muy brevemente los rasgos prototípicos que definen a esa figura, cómo se va transformando a lo largo del tiempo y llega al siglo XIX. La historia cultural no es sólo microhistoria y «corto plazo», sino que al analizar su objeto de estudio también se esfuerza por identificar la herencia o la tradición de la que dicho objeto es deudor<sup>6</sup>. Los códigos culturales con los que se interpretaba a los héroes durante el Ochocientos no eran ajenos a la tradición heroica clásica y medieval. La historia cultural, de este modo, también puede entroncar con la *longue durée*<sup>7</sup>. El presente trabajo, al fin y al cabo, comparte el mismo espíritu que guía a Jo Guldi y David Armitage cuando afirman que los historiadores deben aprender «a unir explicación y comprensión, a combinar el estudio de lo particular, lo específico y lo único con el deseo de descubrir pautas, estructuras y regularidad», trascendiendo incluso «las periodizaciones convencionales»<sup>8</sup>.

En el segundo apartado analizo qué tipos de viaje existían en el siglo XIX y cómo sólo uno de ellos, propio de las clases dominantes y asociado con la colonización y el descubrimiento, se convirtió en un molde ideal sobre el que volcar esas pautas heroicas de milenaria tradición. Se creó así una determinada imagen del mundo que, de manera más o menos consciente o intencionada, servía muy bien a los intereses de esos mismos grupos dominantes. Esa imagen del mundo, sin embargo, no estaba al alcance de la masa de lectores que, durante el último tercio del XIX, comenzaba a multiplicarse<sup>9</sup>, ya que muchos de esos relatos contenían digresiones y disquisiciones científicas excesivamente aburridas para el común de los lectores. Novelas como *Las minas del rey Salomón* solventarán ese problema. Aunando las dos tradiciones mencionadas —la fuerza mítica de las figuras heroicas y las aventuras propias de los viajeros de su época—, y gracias al extraordinario talento narrativo de su autor, *Las minas del rey*

<sup>6</sup> Pons y Serna, 2013, pp. 10-11.

<sup>7</sup> Guldi y Armitage, 2016, pp. 90-91.

<sup>8</sup> Guldi y Armitage, 2016, pp. 37 y 38.

<sup>9</sup> Sassoon, 2006, p. 423.

*Salomón* se convertirá en un gran éxito editorial y logrará difundir, entre una amplia gama de ciudadanos, los valores y la visión del mundo de las clases dominantes<sup>10</sup>. A describir ese proceso dedico el tercer y el cuarto apartado del artículo.

Espero con todo ello trazar una panorámica razonablemente amplia y profunda; lo suficiente, al menos, para mostrar el funcionamiento de esos mecanismos culturales que, con mayor o menor intención, provocan efectos destinados a construir identidades sociales que aspiran a volverse hegemónicas (o a conservar la hegemonía).

## El héroe

Desde la Antigüedad, la figura del héroe y la idea del viaje han tenido una importancia capital, fundacional, cabría decir, en la cultura europea. Cuando Homero, hace más de dos mil quinientos años, contó las hazañas de Aquiles en la *Ilíada* y el viaje de Ulises en *La Odisea*, hizo algo más que plasmar por escrito un conjunto de historias orales que recitaban los aedos por Asia Menor y Grecia<sup>11</sup>. El poeta heleno fijó literariamente un tipo de personaje, el del héroe, que ha perdurado hasta nuestros días. Aunque en cada época adopte aspectos o rasgos particulares, esta figura mantiene unas características que permanecen inalterables<sup>12</sup>.

En la tradición mitológica y literaria de la antigua Grecia, pero también en la actualidad, un héroe es quien acomete una empresa o se enfrenta a un enemigo que en principio le desborda, que sobrepasa sus posibilidades: ya sea matar a un monstruo o resolver un misterio, el pro-

---

<sup>10</sup> Siguiendo la línea teórica apuntada por Gramsci, otra novela que en la época podría competir con *Las minas del rey Salomón* (1885) por la hegemonía sería *Noticias de ninguna parte*, publicada en 1890 por William Morris. Este texto se esfuerza por transmitir una imagen del mundo muy diferente a la expresada por Haggard: «Cuando el mercado universal civilizado quería un país que hasta entonces había escapado de sus garras, pronto encontraba un pretexto, por leve que fuese, para lanzarse sobre él (...). Encontrado el motivo, se buscaba un aventurero osado, ignorante, sin sentimientos y sin principios (lo que no era difícil encontrar en los tiempos de la competencia), se le compraba y se le enviaba a fundar un mercado, rompiendo con las tradiciones del país subyugado, y destruyendo la felicidad y el bienestar de sus habitantes, a los que obligaba a recibir productos que hasta entonces no habían necesitado, apoderándose *en cambio* (ésta era la palabra) de sus productos naturales», Morris, 2011, p. 144.

<sup>11</sup> Crespo, 2000, pp. IX y XXVIII.

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, Kerényi, 2009, p. 36.

tagonista asume un reto o se encuentra en una situación que parece imposible de resolver, lo que le obliga a emplearse a fondo desplegando todos sus recursos y habilidades. El héroe se supera constantemente a sí mismo, representa en sus actos la capacidad humana para progresar. En este sentido, el retorno de Ulises a Ítaca tras la guerra de Troya es el paradigma del esfuerzo y la mejora. En su viaje se enfrenta con cíclopes y gigantes, con hechiceras y temibles monstruos marinos; incluso desciende a los infiernos y regresa vivo para contarlos.

Conforme va salvando las dificultades se enriquece, volviéndose cada vez más competente. Pero el tipo de competencia que atesora Odiseo es muy particular, pues sólo se adquiere por medio de la experiencia. Son sus vivencias las que lo transforman. Eso mismo le sucede a Alonso Quijano, un hidalgo que devora libros de caballerías adquiriendo vastos conocimientos sobre la materia. Sólo se convertirá en Don Quijote cuando decida salir al mundo para vivir esa experiencia. Al final de su aventura, tanto Don Quijote como Odiseo se habrán transformado en personas distintas, más juiciosas y sabias que cuando partieron.

El héroe, por tanto, se va construyendo conforme actúa: completa una trayectoria, experimenta una sucesión de hechos que van forjando su carácter. Incluso antes de su desarrollo pleno, o tras él, está dotado de un rasgo fundamental: su actitud. La actitud heroica es una manera de estar en el mundo, es su capacidad para arriesgarlo todo, incluso su propia vida, con tal de conseguir su propósito. Así se comporta Telémaco en *La Odisea* cuando abandona Ítaca para buscar a su padre; es el proceder del anciano Príamo, rey de Ilión, cuando se adentra en el campamento griego para rogarle a Aquiles que le devuelva el cadáver de su hijo Héctor; encontramos también esta conducta en Tom Sawyer cuando decide arriesgar su propia vida y denunciar al indio Joe por asesinato, evidenciando su elevado concepto de la honradez y la justicia.

La actitud de Tom Sawyer hacia la justicia es la misma de la que hace gala Robin Hood, aquel habilidoso arquero que se opuso al mismísimo rey de Inglaterra con apenas un puñado de hombres. Ambos comportamientos ponen de manifiesto que el héroe actúa impulsado por la virtud. Siempre está del lado de lo que en cada momento considera bueno y justo. Su arrojo a la hora de enfrentarse con algo que le supera no es producto del capricho o la vanidad; tampoco es simple amor por la aventura: viene dado por el compromiso moral que tiene hacia sí mismo y hacia otras personas o ideales. El héroe es plenamente consciente de los riesgos que corre. Sabe que lo que hace o se propone hacer puede costarle la vida.

No es un loco, aunque lo parezca, ni un irresponsable, sino una persona que toma decisiones, asumiendo su deber y los riesgos que dichas acciones entrañan. Es ese deber moral el que conduce a trescientos espartanos a contener a miles de persas en el paso de las Termópilas.

El héroe, por tanto, está dispuesto a enfrentarse a los mayores peligros, poniendo en riesgo su propia vida por una causa justa, sea ésta colectiva o más personal. Esta figura, desde la antigüedad clásica, se vuelve fundamental<sup>13</sup>. Pasa a ser un referente que irá transformándose con el paso del tiempo. Cada comunidad creará sus propios modelos heroicos y reinterpretará a los anteriores. Ya sea para liberar al mundo de una amenaza como hacen los caballeros de la Mesa Redonda, ya sea para sobrevivir en una isla desierta como le sucede a Robinson Crusoe, el héroe encarna las virtudes de una sociedad o de un grupo social, de tal forma que en él se reconocen cada uno de los individuos que la conforman. Pero no como realmente son, sino como querrían ser.

Esta característica del héroe es esencial, y la que más interesa destacar aquí. Sin olvidar el ascendente que las figuras heroicas han tenido en las distintas culturas y tradiciones (y que aún conservan), el héroe posee otra dimensión, más mundana o prosaica, hermanada a la que acabamos de comentar. Si el héroe adquiere unas cualidades que lo convierten en la encarnación ideal de una sociedad o de un grupo social determinado, esta figura también puede ser empleada como un elemento que contribuya a asentar, establecer o expandir determinados rasgos, determinadas formas de ser o de comportarse; todo un conjunto de identidades sociales que el grupo social que ha moldeado al héroe quiere imponer al conjunto de la sociedad. Es una atractiva forma de influir sobre los sujetos históricos, dada la poderosísima fuerza cultural y mítica que la figura del héroe arrastra consigo. El héroe, así entendido, se convierte en una manifestación más de la lucha por la hegemonía, en el sentido que le diera Antonio Gramsci.

El objetivo de las páginas que siguen es analizar bajo este prisma a un tipo de héroe que surge en Inglaterra a lo largo del siglo XIX: el relacionado con el viaje y la exploración<sup>14</sup>. Sus características serán las propias de su época, ese siglo XIX que asiste a una serie de transformaciones económicas, sociales y tecnológicas que todo lo alteran. Sin embargo, se

---

<sup>13</sup> Véase, por ejemplo, Hourihan, 1997, pp. 2 y 10-15.

<sup>14</sup> Sobre la revitalización de lo heroico en la Inglaterra victoriana, véase Katz, 2010, pp. 58-84.

trata de un tipo de heroicidad no exenta de conflictos y contradicciones, que asume la tradición milenaria anteriormente esbozada y la desarrolla en una determinada dirección. Estos viajeros y exploradores, como los héroes clásicos, se enfrentan ante situaciones que los desbordan: muchos no volverán para contarlo, y otros tantos deberán afrontar retos y adversidades sobrehumanas. Sin embargo, a todos ellos les guiará una «actitud heroica» muy particular que se desarrolla a un ritmo histórico lento y que cristalizará, principalmente, a partir de la segunda mitad del Ochocientos. Me refiero al «descubrimiento de la ignorancia» propiciado por la aparición de la ciencia moderna y a esa manera de pensar que vincula saber y poder<sup>15</sup>. Como apunta Harari:

El factor calve fue que el botánico que buscaba plantas y el oficial naval que buscaba colonias compartían una manera de pensar similar. Tanto el científico como el conquistador empezaron admitiendo ignorancia al decir: «No sé lo que hay allá fuera». Ambos se sintieron impulsados a ir allá y hacer nuevos descubrimientos. Y ambos confiaban en que el nuevo conocimiento que así adquirirían les convirtiera en dueños del mundo<sup>16</sup>.

Es esa actitud heroica la que conviene destacar, la de estar dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la propia vida, con tal de conseguir sus propósitos.

### **Viajeros en el siglo XIX**

A lo largo del siglo XIX existían numerosas razones para emprender un viaje. Por aquellos años, sin embargo, la mayoría de los viajeros se trasladaban por necesidad: la de sobrevivir y alimentar a su familia. La revolución industrial británica provocó una afluencia masiva de campesinos y jornaleros a las ciudades del Reino Unido, atraídos por un desarrollo industrial creciente que exigía abundante mano de obra. En general los recién llegados provenían de las áreas rurales próximas a los centros urbanos, aunque la inmigración más lejana, originaria de Irlanda y Escocia, también era significativa. En la primera mitad de la centuria, localidades como Glasgow, Liverpool o Manchester prácticamente quintuplicaron su

<sup>15</sup> Harari, 2017, pp. 275-304.

<sup>16</sup> Harari, 2017, p. 313-314.

censo, producto tanto del crecimiento vegetativo como de la inmigración. Pero a partir de 1851 fue Londres la que incrementó su tamaño a una velocidad enorme: en apenas cincuenta años su población creció en cuatro millones de habitantes<sup>17</sup>. Sin embargo, junto a esta desbordante concentración de personas, cada vez más gente abandonaba las Islas en dirección a Estados Unidos, Australia o cualquier otra colonia del Imperio<sup>18</sup>.

Raras veces la vida se presenta fácil y, desde luego, la existencia estaba muy lejos de serlo en aquellas ciudades masificadas y sucias, miserables y peligrosas. La mayoría de los casi cinco millones de emigrantes que partieron hacia otras latitudes en el período que va de 1853 a 1900 eran trabajadores sin cualificar. Provenían precisamente de las zonas industriales y urbanas. Se trataba en su mayoría de varones menores de 24 años que al parecer no encontraban acomodo en las grandes urbes. Optaban entonces por marcharse<sup>19</sup>.

Cien mil personas abandonaban al año las costas británicas en busca de un futuro mejor allende los mares. En cualquier caso, se trataba de una emigración que en nada afectaba a la abrumadora masificación que experimentó la vida en las ciudades y que aún volvía más impresionante la riada de gente que acudía a ellas. Las ciudades industriales encarnaban para muchos el progreso de la época, pero también eran lugares de una monstruosidad inusitada<sup>20</sup>. Los centros urbanos crecían caóticamente en torno al ferrocarril y las fábricas. Las casas de obreros y trabajadores estaban «en medio de un laberinto de alcantarillas (...) y de charcas cenagosas, donde jugaban los niños sucios»<sup>21</sup>.

Pese a sus penalidades, su miseria, su determinación y su actitud, ninguno de estos viajeros adquirirá en la sociedad de su tiempo el estatus de héroe. Ninguna de estas modalidades de viaje representará un patrón de heroicidad para la ideología y la sociedad dominantes. Los héroes serán otro tipo de viajeros, aquellos que marchan más allá del océano en busca de aventuras, de nuevas experiencias, de regiones ocultas y desconocidas; aquellos que aspiran, de manera insaciable, a explorar y conquistar, a rellenar esos espacios en blanco de los mapas para incorporarlos a su nación, a su imperio.

---

<sup>17</sup> Canales, 1999, pp. 53-54 y 63-66.

<sup>18</sup> Baines, 1985, p. 62.

<sup>19</sup> Canales, 1999, pp. 53-54.

<sup>20</sup> Zimmermann, 2012, p. 40.

<sup>21</sup> Zimmermann, 2012, p. 45.

Como es sobradamente conocido, tras el fin de las guerras napoleónicas Gran Bretaña se convertirá en una indiscutible potencia colonial, en la dueña de un vasto imperio que no parará de crecer a lo largo de la centuria<sup>22</sup>. En una primera fase, caracterizada por una explotación colonial de carácter más bien informal, el Reino Unido aumentó sus posesiones por los cinco continentes, de tal forma que hacia 1870, a diferencia de las otras potencias, «no necesitaba construir un imperio, sino solamente defenderlo»<sup>23</sup>.

En cualquier caso, a partir de la década de 1870 las posesiones británicas seguirán ampliándose de manera nada desdeñable. Así sucede, por ejemplo, con grandes áreas del continente africano (Egipto, Sudán, Uganda, Kenia, Zanzíbar, Rodesia, Nigeria, Sierra Leona, Gambia, etc.), de tal modo que en 1901 Gran Bretaña era dueña de más de una quinta parte de las tierras emergidas, rigiendo los destinos de unos cuatrocientos millones de personas, de las cuales tan sólo una de cada ocho tenían la piel «blanca»<sup>24</sup>.

Durante el último de tercio del XIX la mayor competencia internacional, debido tanto a la irrupción de nuevas potencias (Japón y Estados Unidos) como a la consolidación de nuevos estados (Italia y Alemania), provocará que la economía relacionada con las colonias adquiera cada vez más importancia. El paso del librecambismo al proteccionismo debido a esa inestabilidad política y a la mayor rivalidad por los mercados provocará, como apunta Canales, que «la protección del espacio interior para la producción doméstica» se combine con «la búsqueda de espacios exteriores, preferentemente colonias, en los que situar los productos nacionales y de los que extraer materias primas en condiciones favorables»<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Las siguientes consideraciones sobre el Imperio Británico están fundamentalmente tomadas de Canales, 2008, pp. 291-323 y Villares y Bahamonde, 2001, pp. 145-158. Véase también Said, 2009, p. 70.

<sup>23</sup> Canales, 2008, pp. 291-295. La cita está tomada de la p. 295. En esta expansión territorial se puede citar la fundación de Singapur en 1819, las anexiones de Malasia (1824) y Hong Kong (1842), la creación de la colonia de Nueva Zelanda en 1840, la ocupación de Adén (1839), las Islas Malvinas (1833) y la Honduras Británica (1862), así como la prolongación de las posesiones sudafricanas con la apropiación de Natal en 1843. Y eso sin contar la ascendencia y el incremento del área bajo el control británico del subcontinente indio.

<sup>24</sup> Canales, 2008, p. 278.

<sup>25</sup> Canales, 2008, p. 307.

Es en este contexto de rivalidad colonial y antagonismos en el que hay que insertar los relatos de los viajeros, pues es precisamente así, mediante el descubrimiento, como el imperialismo europeo iniciaba su proceso de apropiación:

El descubrimiento era el acto de nombrar y ver —por un hombre blanco— lo que otros ya conocían; esto es, en la práctica, desplazarse hasta el lugar en cuestión, averiguar por los nativos dónde había un gran lago o un gran río, luego contratarlo [*sic*] para que el explorador fuera conducido hasta el sitio y por último bautizar el lugar con un nombre propio europeo (por ejemplo, el Lago Victoria) para reivindicar a continuación los derechos territoriales nacionales sobre dicha geografía. La violencia simbólica del descubrimiento es el prolegómeno a la implantación de los colonos y el posterior reclamo de la propiedad y usufructo privado de la tierra y sus riquezas<sup>26</sup>.

De este modo, aunque las razones de esta proliferación viajera sean complejas, sus intereses y propósitos no pueden abstraerse de los deseos de control, explotación y dominio propios del imperialismo europeo<sup>27</sup>. Así lo explica Mary Louise Pratt refiriéndose a lo que ella llama «vanguardia capitalista», el conjunto de viajeros europeos (hombres y mujeres, científicos y soldados, exploradores y comerciantes) que desembarcaron en América del Sur durante las primeras décadas del siglo XIX:

Es el supuesto atraso de América el que legitima las intervenciones de la vanguardia capitalista. Ideológicamente, la tarea de la vanguardia consiste en reinventar América como atrasada y descuidada, codificar sus paisajes y sociedades no capitalistas como evidentemente necesitados de la explotación racionalizada que llegaba con los europeos. (...) Los noreuropeos presentan a los otros pueblos como (para ellos) «nativos», seres incompletos que son inhábiles para llegar a ser lo que los europeos ya son, o para convertirse en lo que los europeos pretendían que se convirtieran. Así fue como la vanguardia capitalista se leyó a sí misma, en el futuro de aquellos a quienes pensaba explotar, como una suerte de evento moral e históricamente inevitable<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> Gasquet, 2006, p. 40. La cita de Gasquet parafrasea otra de Pratt, 2010, p. 365.

<sup>27</sup> Véase, a este respecto y entre otros a Said, 2009; Pratt, 2010 y Bridges, 2002, pp. 53-69.

<sup>28</sup> Pratt, 2010, p. 283.

Imbuidos, como apunta Pratt, por un conjunto de discursos civilizatorios, los exploradores, viajeros y comerciantes «blancos» acudían a las regiones atrasadas para «civilizar» a sus habitantes<sup>29</sup>. Basándose en la superioridad de las ideas cristianas y «occidentales», muchos noreuropeos consideraban una obligación moral imponer esos principios, aunque fuera por la fuerza, a los habitantes de las colonias. Así es cómo «el imperia-lismo, entendido como misión social de Inglaterra, constituía un elemento crucial de la representación cultural de Inglaterra para los ingleses»<sup>30</sup>.

El resultado será una multiplicación de los exploradores británicos, que recorrerán el orbe entero movidos por una mezcla de afán de conocimientos, espíritu aventurero, «misión civilizatoria» y deseo de celebridad. La idea de que un pequeño conjunto de islas como Gran Bre-taña dominasen amplísimos territorios y que valerosos conciudadanos arriesgaran sus vidas en azarosas expediciones por regiones inhóspitas y desconocidas para mayor gloria del Imperio, debía resultarles muy excitante a los súbditos de Su Majestad. Sobre todo si iban también a expandir por el orbe las nociones de «civilización» y «progreso» propios del mundo «occidental».

Los exploradores, científicos y aventureros, en cualquier caso, no dejarán ni un solo continente por recorrer, por explorar, por colonizar. Y a su vuelta plasmarán por escrito sus peripecias y descubrimientos. Darwin, con apenas 22 años, se embarca en una empresa —decisiva para el desarrollo de sus teorías— que dará literalmente la vuelta al mundo, y cuyos recuerdos se editarán en 1839 con el título de *Journal and Remarks*, un volumen más conocido como *The Voyage of the Beagle*. Henry Walter Bates recorre el Amazonas, escribiendo en 1863 *The Naturalist on the River Amazons*, un texto que tendrá numerosas ediciones y reediciones, al menos diez antes de la Primera Guerra Mundial<sup>31</sup>. Abundarán también las expediciones hacia lugares inhóspitos, como las que pretenden alcanzar el Polo Norte, caso de la liderada por John Franklin en 1847 o la emprendida por George S. Nares en 1875. En la desastrosa travesía de Franklin no hubo supervivientes, pero en la organizada casi treinta años después,

<sup>29</sup> Villares y Bahamonde, 2001, p. 151.

<sup>30</sup> Spivak, 2010, p. 120.

<sup>31</sup> Concretamente en 1864, 1873, 1875, 1879, 1884, 1892, 1895, 1900, 1910 y 1914. Las distintas ediciones pueden encontrarse en la siguiente dirección de Open Library: [https://openlibrary.org/works/OL1088625W/The\\_naturalist\\_on\\_the\\_River\\_Amazons](https://openlibrary.org/works/OL1088625W/The_naturalist_on_the_River_Amazons). Todas las referencias a páginas web han sido consultadas el 24/03/2018.

tanto el capitán Nares como su lugarteniente, el comandante Markham, reflexionaron sobre su fracasado intento en sendos volúmenes, aparecidos en 1878<sup>32</sup>.

Las narraciones sobre Asia y sus desconocidas regiones tuvieron igualmente muy buena acogida entre el público. Percy Sykes, soldado y diplomático inglés que recorre, desde 1893, enormes regiones de Persia, publica en 1902 *Ten Thousand Miles in Persia*. Asimismo, Francis Edward Younghusband, un oficial británico nacido en la India, atraviesa el desierto del Gobi en 1887, dejando constancia de su periplo en *The Heart of a Continent*. Salido de la imprenta en 1896, apenas un año más tarde ya había sido editado en tres ocasiones y reimpresso en otras dos. Isabella Bird, exploradora y naturalista, obtuvo una considerable celebridad con los relatos de sus periplos. Tanto *Journeys in Persia and Kurdistan*, de 1891, como *Among the Tibetans*, redactado en 1894, la convirtieron en una eminente y respetada científica en una época donde las mujeres lo tenían muy difícil para hacerse un hueco en la esfera pública.

África, posiblemente el continente que más atrajo a los europeos en el siglo XIX, también fue objeto de colonización y descubrimiento. Emmeline Lott, por ejemplo, vende hasta cuatro ediciones en poco más de dos años de su libro *Harem Life in Egypt and Constantinople*. Amelia Edwards, escritora y viajera, narra en 1877 su visita a este mismo país. *A Thousand Miles Up in the Nile* se convierte casi al instante en un gran éxito de ventas. Richard Burton, John Hanning Speke y James Grant tienen mil y una aventuras en busca de las fuentes del Nilo, vivencias que relatan en distintos textos de gran repercusión<sup>33</sup>. Joseph Thomson, geólogo escocés, recorre la tierra de los masáis, explicando sus impresiones en *Through Masai Land* (1885), objeto de varias ediciones en la época. Samuel W. Baker, junto con su esposa Florence, también se ganan el favor y la atención del público con varios textos, como por ejemplo el que escriben sobre el descubrimiento del lago Alberto (*The Albert N'yanza*, 1866), o sobre sus andanzas por la actual Etiopía (*The Nile tributaries of Abyssinia*)<sup>34</sup>. Lo mismo les sucede a Verney Lovett Cameron y a Henry Stanley. Sus mar-

---

<sup>32</sup> El primero, titulado *Narrative of a Voyage to the Polar Sea*. El segundo fue *The Great Frozen Sea*, que alcanzó en 1894 la séptima edición.

<sup>33</sup> Los textos son, respectivamente: *The Nile Basin* (1864), *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* (1863) y *A Walk Across Africa* (1864).

<sup>34</sup> Éste último volumen, editado en 1867, tuvo cuatro ediciones en 1868 y al menos dos más en 1871 y 1886.

chas por África en busca del doctor Livingstone marcaron época<sup>35</sup>. *Travels in West Africa*, de la exploradora y científica Mary Kingsley, no fue a la zaga con respecto a los textos publicados por los varones. Aparecido en 1897, alcanzó cuatro ediciones ese mismo año, así como otra en 1898 y una más en 1904<sup>36</sup>.

Como puede apreciarse, la narrativa de viajes y exploración se convertirá a lo largo del siglo XIX en un género en alza, con multitud de ediciones vendidas. Este tipo de textos «servían no sólo como guías, sino también como medio de evasión y educación de las masas de lectores menos pudientes»<sup>37</sup>. Los viajes y su relato se transformaron en todo un fenómeno social y cultural, propiciando la consolidación de un género que será muy bien recibido entre los lectores de las clases medias y que muy pronto viajeros más modestos imitarán. Artistas, escritores, pintores y poetas, así como otros miembros de las clases pudientes, emulando a estos grandes viajeros y retomando la tradición del *Grand Tour*, viajarán por toda Europa y por distintas regiones del mundo. A su vuelta también publicarán sus experiencias en ilustrados volúmenes. Así lo constata Wilkie Collins en 1856 con ácida ironía:

Todo el que haya viajado o explorado, hombre o mujer, sin mayor propósito que hacerlo; todo el que hubiera hecho observaciones no demasiado llamativas; todo el que no tuviera nada que decir, y que lo dijera por extenso, en un cuerpo de letra grande y en un papel grueso, con el acompañamiento de desaliñadas ilustraciones litográficas, fue presentado semanalmente en nuestros hogares y domicilios como si fuera el guía más valioso, el mejor filósofo y amigo que nuestros gobernantes podían hacernos llegar<sup>38</sup>.

Todos estos relatos, sin embargo, también cumplían una función más política e ideológica, relacionada, como apunta Mary Louise Pratt, con el

---

<sup>35</sup> Cameron fue el primer «occidental» en atravesar el continente de este a oeste, pero el relato narrado en *Across Africa* (1877). Con respecto a Stanley, sus obras *How I Found Livingstone* (1872) o *Through the Dark Continent* (1878), cuyo título y contenido tanta influencia tuvieron sobre *El corazón de las tinieblas* (1899), hablan por sí solos.

<sup>36</sup> Las distintas ediciones citadas a propósito de todos estos viajeros pueden encontrarse en la siguiente dirección de Open Library. Basta escribir el título del libro, como en este último caso: [https://openlibrary.org/works/OL3371494W/Travels\\_in\\_West\\_Africa](https://openlibrary.org/works/OL3371494W/Travels_in_West_Africa)

<sup>37</sup> Carrera, 2006, p. 115 y Bridges, 2002, p. 62.

<sup>38</sup> Collins, 2012, pp. 43-44.

interés que hacia la expansión imperial experimentaron las poblaciones europeas:

Los libros de viajes les dieron a los públicos lectores europeos un sentido de propiedad, derecho y familiaridad respecto de las remotas partes del mundo en las que se invertía y que estaban siendo exploradas, invadidas y colonizadas. Los libros de viajes tenían éxito. Generaban una sensación de curiosidad, emoción, aventura y hasta fervor moral acerca del expansionismo europeo. (...) Estos libros fueron uno de los instrumentos clave para hacer que las poblaciones «locales» de Europa se sintieran parte de un proyecto planetario o, para decirlo con otras palabras, de la creación del «sujeto doméstico» del Imperio<sup>39</sup>.

Así, paulatinamente, las narraciones que plasman las correrías de estos valientes los convierten en auténticos héroes, con independencia del éxito o del fracaso de sus misiones. Es lo que le pasa, por ejemplo, a la expedición al Polo Norte capitaneada por George S. Nares. A su salida del puerto de Portsmouth, el 29 de mayo de 1875, no sólo reciben un telegrama de la mismísima reina, que anima y conmueve a toda la tripulación, sino que son despedidos en olor de multitud:

El interés que a todo el país inspiraba la expedición, se acentuó más aún cuando llegó el momento de la marcha. Ninguno de nosotros (...) podrá olvidar nunca tan afectuosa despedida: una compacta multitud ocupaba los muelles, llenando también la plaza de Southsea y prolongándose hasta la ciudadela; las tropas de las guarnición estaban sobre las armas y los marineros cubrían los mástiles de los buques de guerra; todos nos saludaron al paso, mientras que en el aire resonaban formidables *hurras*, proferidos en las orillas, en los vapores, en los yates, y en todas las embarcaciones que se oprimían en la rada<sup>40</sup>.

Algo parecido sucede con el cuerpo del misionero y explorador David Livingstone, enterrado como un auténtico héroe nacional el 18 de abril de 1874. A su funeral, celebrado en la abadía de Westmins-

---

<sup>39</sup> Pratt, 2010, p. 24.

<sup>40</sup> Nares, 1982, p. 19. Albert Hastings Markham relata algo similar en: *The Great Frozen Sea*, London, C. Kegan Paul & Co., 1880, pp. 9-10.

[<https://archive.org/stream/greatfrozenseaa00goog#page/n35/mode/2up>].

ter, acudió una muchedumbre, entre la que se encontraba Benjamin Disraeli, recientemente elegido Primer Ministro Británico, y el futuro Eduardo VII, por entonces Príncipe de Gales. La prensa confirmó que no se había visto nada parecido desde el funeral de Lord Palmerson en 1865<sup>41</sup>.

Si cada comunidad, como decíamos al principio, construye sus propios héroes, ¿cuál podría ser el que representara la imagen ideal que la sociedad victoriana quería dar de los exploradores y aventureros? ¿Livingstone? ¿Richard Burton? ¿El joven Darwin? Existen muchos candidatos. Sin embargo, quien mejor encarna estas aspiraciones no es un ser humano real, sino un personaje de ficción llamado Allan Quatermain. Creado por Henry Rider Haggard en 1885, protagoniza un conjunto de obras de tremendo éxito en la época. La primera de las novelas en las que apareció, titulada *Las minas del rey Salomón*, convirtió en multimillonario a su autor: un año después de su aparición, en 1886, ya se habían comprado 31.000 ejemplares<sup>42</sup>. Vendió más de 650.000 copias antes de 1925, fecha de su fallecimiento<sup>43</sup>. Se trata, pues, de un personaje que gozó de la simpatía del público. Allan Quatermain, explorador, cazador, comerciante y aventurero, es el modelo de héroe en el que nos vamos a centrar ahora, pues su éxito alcanzará a todas las capas de la población que poco a poco van teniendo acceso a la lectura<sup>44</sup>. Como afirma Wilkie Collins, dejando de lado esa minoría de lectores más o menos pudientes que disfrutaban de los libros religiosos, históricos, biográficos y de «viajes y exploraciones por tierras lejanas y cercanas», existía un gran público lector desconocido que leía, no en busca de conocimiento, sino de entretenimiento y evasión<sup>45</sup>. A ese público, precisamente, se dirigirá treinta años después de esta afirmación Henry Rider Haggard con *Las minas del rey Salomón*. Con él ejemplificaremos la imagen que se transmite del colonizador y del colonizado, del británico y de los llamados indígenas, para discernir qué relato recibían, aceptaban y disfrutaban los lectores de la época, así como el tipo de valores que iban asociados a dichas aventuras.

<sup>41</sup> Jeal, 2001, p.1.

<sup>42</sup> Freeland, 2007, p. 77.

<sup>43</sup> Minter, 1986, p. 3.

<sup>44</sup> Véase nota 9.

<sup>45</sup> Collins, 2012, pp. 15-56 (véase en especial las pp. 19-21, de donde proviene la cita)

## Las minas del rey Salomón

Quatermain encarna, de manera casi perfecta, el tipo de héroe al que, siguiendo a Wendy R. Katz, podríamos llamar «imperial»: «El héroe imperial, ya sea un soldado, un aventurero o simplemente la encarnación de la «masculinidad», no tiene ninguna disputa ideológica con su sociedad, aunque pueda creer que su sociedad está perdiendo su integridad, ablandándose, o desviándose de alguna manera de su verdadero rumbo. Es un héroe que encarna sus normas morales y sociales y se inquieta sólo cuando su sociedad muestra signos de debilidad»<sup>46</sup>.

De igual modo, *Las minas del rey Salomón* es el mejor ejemplo de lo que ha venido denominándose «novela imperialista» («*imperialist romance*»), un subgénero literario que gozó de enorme popularidad en las últimas décadas del siglo XIX<sup>47</sup>. A través de *Las minas del rey Salomón*, esa fusión entre imperio y héroe, combinada con la habilidad narrativa y la construcción de una determinada imagen de África y sus habitantes, así como de lo que significa ser un hombre, calarán profundamente en el imaginario británico de las décadas siguientes, extendiendo su influencia —con sus necesarias variantes— hasta nuestros días.

Como decíamos anteriormente, *Las minas del rey Salomón*, fue el primer texto de Henry Rider Haggard que tuvo a Allan Quatermain como protagonista. Luego vinieron muchas novelas más, que contribuyeron a asentar una fama merecida, apoyada generación tras generación por sus seguidores. La novela relata, básicamente, las aventuras en África de tres británicos: Allan Quatermain, Henry Curtis y John Good. El motivo de su viaje por la zona sur de ese continente está relacionado con una búsqueda: George, el hermano de Henry Curtis, que se había marchado a África para hacer fortuna, ha desaparecido. Lo último que se sabe de él es que se dirigía hacia las minas del rey Salomón, un lugar desconocido del que sólo se cuentan leyendas. Henry Curtis, acompañado de John Good, contratará a

---

<sup>46</sup> Katz, 2010, p. 61: «*The imperial hero, whether a soldier, an adventurer or simply an embodiment of «manliness», has no ideological dispute with his society —although he may believe that his society is losing its integrity, getting soft, or somehow straying from its true course. He is a hero who embodies its moral and social norms and turns restive only when his society exhibits signs of weakness*». Siempre que la traducción sea mía, como es el caso, pondré en nota el texto original.

<sup>47</sup> Sobre este tipo de narrativa y sus características, véase Patterson, 1978, pp. 112-123.

Allan Quatermain, gran conocedor de la región, para que les haga de guía y les ayude a localizar a su hermano.

Tal como enseguida demostraré, Quatermain, narrador y protagonista de la novela, comparte características y lances con algunos de los exploradores más importantes de la época, de tal forma que el éxito de la obra representa, de alguna forma, el éxito de esas narraciones de viajes arriba mencionadas. Del mismo modo, sin el interés mostrado por el público en ese tipo de narraciones, el texto de Haggard no hubiera cosechado el éxito que obtuvo. Esta vinculación es importante, pues la novela se convierte una especie de depuración de los temas, inquietudes y deseos propios de los libros de viaje, un género de enorme predicamento por aquellos años, como ya hemos visto. Lo que permanece oculto en la masa de volúmenes y experiencias viajeras, surge nítido en esta gran novela de aventuras que tantos lectores tuvo. De ahí el interés por profundizar en ella. Mi intención, como he argumentado al principio del artículo, no es abordar todos los aspectos significativos de la narración, sino más bien centrarme en aquellos que a mi entender mejor propician el éxito de la historia entre el público lector. Aunque pueda discutirse el grado de imperialismo o antiimperialismo que desprende la narración, así como su polifonía, la historia posee unas pautas muy claras que contribuyen a provocar interés y fascinación entre sus destinatarios<sup>48</sup>. A ellas me remito.

#### a) *La condensación de lo real*

Comencemos con las semejanzas entre los exploradores reales y la experiencia del protagonista de la novela. Aunque también es comerciante, Allan Quatermain se dedica principalmente a la caza de elefantes, una de las ocupaciones predilectas de Samuel White Baker, el descubridor del lago Alberto. En *The Albert N'yanza* (1866), Baker rememora una cacería de elefantes en términos muy parecidos a los que podemos encontrar en *Las minas del rey Salomón*. En su libro, Baker dedica varias páginas a describir una cacería de elefantes. En un momento determinado anota: «Galopando a través de los arbustos sin espinas, de repente vi a un enorme elefante que, echando humo como una locomotora, se dirigía ha-

<sup>48</sup> Una breve explicación sobre la evolución de la crítica en relación al imperialismo de Haggard y demás asuntos puede encontrarse en: Stiebel, 2001, pp. xi y ss.; también en Sánchez, 2013, pp. 109-112.

cia mí»<sup>49</sup>. Por su parte Quatermain titula un capítulo de su narración «La cacería de elefantes». En un momento dado describe un lance similar al de Baker: «De repente oímos el barritar de un elefante, y vimos su enorme figura que investía con la trompa y la cola levantadas...»<sup>50</sup>.

Quatermain no sólo comparte aficiones (como la caza de elefantes) con los grandes exploradores. También infortunios. Como le sucedió a David Livingstone en el brazo, mordido brutalmente por un león, el protagonista de *Las minas* tiene una cicatriz en la pierna, producto del mismo tipo de ataque<sup>51</sup>. Aunque las coincidencias no terminan ahí. Así como Henry Stanley recorre media África en busca de Livingstone, Quatermain y sus amigos se embarcan en una peligrosa aventura, también africana, en pos del hermano desaparecido de uno de ellos. Su búsqueda, además, les exige atravesar un desierto, descrito por Quatermain como un lugar en el que «todo era quietud y soledad (...), tanto que llegaba a ser opresivo»<sup>52</sup>. Curiosamente, Richard Burton, celeberrimo viajero de la época, también ha de cruzar un desierto para alcanzar La Meca. Es entonces cuando comenta «el pavoroso silencio, la soledad y la tremenda desolación del lugar»<sup>53</sup>.

Además, algunas de las opiniones que se vierten en *Las minas del rey Salomón*, coinciden con las expresadas por otros aventureros. Verney Lovett Cameron, por ejemplo, en su libro *Across Africa* (1877), escribe sobre el trato que los portugueses dispensaban a los «nativos»:

Vi la forma en la que los desafortunados esclavos fueron tratados y no tengo dudas en afirmar que los peores árabes son, en este sentido, ángeles en comparación con los portugueses y con quienes viajan con ellos. Si no lo hubiera visto personalmente, no hubiera podido creer que los hombres pudieran ser tan arbitraria y brutalmente crueles (...). Las

---

<sup>49</sup> Baker, 1868, p. 249: «*Galloping through the green but thornless bush, I soon came in sight of a grand bull elephant, steaming along like a locomotive engine straight before me*». La traducción es mía. [<https://archive.org/stream/albertnyanzagre00bakegoog#page/n293/mode/2up/search/galloping>].

<sup>50</sup> Haggard, 1989, p. 51. Aquí, la versión inglesa: «*Suddenly we heard an elephant scream, and saw its huge and charging form with uplifted trunk and tail...*» (Haggard, 1901, p. 49). La versión original con la que estoy trabajando puede encontrarse aquí:

[<https://archive.org/stream/kingsolomonsmin00hagggoog#page/n65/mode/2up>]

<sup>51</sup> Jeal, 2001, pp. 58-59.

<sup>52</sup> Haggard, 1989, p. 61. «*It was very still and lonely there in the desert, oppressively so indeed*» (Haggard, 1901, p. 61)

<sup>53</sup> Burton, 1856, p. 100: «*The drear silence, the solitude, and the fantastic desolation of the place*». [<https://archive.org/stream/personalnarrati00burt#page/100/mode/2up>]. Traducción mía.

cruealdades perpetradas en el corazón de África por hombres que se llaman a sí mismos cristianos y que llevan la bandera portuguesa apenas serán creídas por quienes viven en tierras civilizadas<sup>54</sup>.

En *Las minas* podemos leer este dictamen de Quatermain: «Conozco bien a los portugueses de Delagoa. No existe mayor monstruo sobre la faz de la tierra que se cebe, como hacen ellos, en la carne y el sufrimiento humano bajo la forma de esclavos»<sup>55</sup>.

Quatermain también reproduce algo que ya había relatado Joseph Thomson en *Through Masai Land*. Cuando Thomson se encuentra con un grupo de guerreros masáis se quita unos dientes postizos para asustarlos y convencerles de que es un curandero:

«¿Veis mis dientes? Mirad qué fuertes son (me los golpeé con los nudillos). No os estoy engañando. Sólo esperad a que gire la cabeza. ¡Mirad ahora! ¡Han desaparecido!». Todos se echaron hacia atrás sorprendidos<sup>56</sup>.

El episodio en el que Quatermain relata algo similar es éste:

Good (...) se llevó la mano a la dentadura postiza, se despegó la parte superior y volvió a colocarla en su sitio con un chasquido. (...) A los pocos segundos, el digno grupo de kukuanas profirió al unísono un grito de terror, y retrocedió varias yardas<sup>57</sup>.

<sup>54</sup> Cameron, 1877, pp. 331 y 351: «*I saw of the manner in which the unfortunate slaves were treated, and have no hesitation in asserting that the worst of the Arabs are in this respect angels of light in comparison with the Portuguese and those who travel with them. Had it not come under my personal notice, I should scarcely have believed that any men could be so wantonly and brutally cruel. (...) The cruelties perpetrated in the heart of Africa by men calling themselves Christians, and carrying the Portuguese flag, can scarcely be credited by those living in a civilized land*». Traducción mía.

[<https://archive.org/stream/acrossafrica00came#page/n387/mode/2up>]

<sup>55</sup> Haggard, 1989, p. 21. «*Now I know your Delagoa Portugee well. There is no greater devil unhung, in a general way, battenng as he does upon human agony and flesh in the shape of slaves*» (Haggard, 1901, p. 15).

<sup>56</sup> Thomson, 1887, p. 205: «*You see my teeth? Observe how firm they are (here I tapped them with my knuckles). You see there is no fraud there. Just wait then till I turn my head. Now look! they are gone!*» *Here every one shrunk back in intense amazement*». La traducción es mía.

[<https://archive.org/stream/throughmasailan00thomgoog#page/n225/mode/2up>]

<sup>57</sup> Haggard, 1989, p. 92. «*Good (...) put his hand to his false teeth, dragging the top set down and allowing them to fly back to his jaw with a snap (...) for next second the dignified crowd of Kukuanas gave a simultaneous yell of horror, and bolted back some yards*» (Haggard, 1901, p. 94)

Dejando de lado otras consideraciones, parece claro que nos encontramos con un texto que reúne las experiencias de muchos de esos aventureros reales. Quatermain, por tanto, viene a ser un personaje ideal, formado por retazos de algunos de los más famosos viajeros de la época. Representa lo mejor de cada uno de ellos<sup>58</sup>.

El autor de *Las minas del rey Salomón* es un escritor profesional de enorme talento, por lo que relata todos esos sucesos con extraordinaria habilidad. Sin contar con que él mismo estuvo en África y conoció de primera mano la vida allí. Haggard idea la novela a imitación de los libros que los «auténticos» aventureros de la época escribieron, creando así un efecto de realidad que logra captar inmediatamente la atención del público. Pero al mismo tiempo sólo toma de esos textos lo más interesante, omitiendo las partes que el común de los lectores podrían considerar más aburridas, algo, por otro lado, que resultada habitual en este tipo de narraciones. Volvamos de nuevo a Wilkie Collins: «Repasemos (...) nuestros Clubes del Libro (...). ¡Qué importancia tienen en ellos los aburridos! ¡Cómo estrechan contra la rigidez de sus pechos los libros de viajes y exploraciones!»<sup>59</sup>

Así lo explica el propio Quatermain, que también ejerce de narrador, en la introducción, aspecto este que, evidentemente, forma parte de la novela: «Si me hubiera dejado llevar por mis inclinaciones, me habría gustado ahondar en las diferencias (...) entre los dialectos zulú y kukuana (...). También se habrían podido dedicar unas cuantas páginas de provecho al estudio de la flora y la fauna (...) y apenas menciono las costumbres domésticas y familiares de los kukuanas»<sup>60</sup>.

El narrador va a ahorrarnos las largas y aburridas disquisiciones científicas sobre los hábitos tribales y la descripción de las innumerables variedades de mosquitos o de plantas trepadoras que pueden encontrarse en la selva. ¿A qué estamos esperando entonces para empezar a leer?, podrían preguntarse los lectores de la época. El propio Quatermain será quien relate sus aventuras. Veamos entonces cuál es la imagen que proporciona de sí mismo y de sus acompañantes.

---

<sup>58</sup> Sobre la relación entre ficción y realidad en los libros de viajes, véase Bassnett, 2002, pp. 234-240 y Pratt, 2008, pp. 159, 163 y 165.

<sup>59</sup> Collins, 2012, pp. 41-42.

<sup>60</sup> Haggard, 1989, p. 7.

b) *Inmutables valores victorianos*

Tres son los héroes de esta historia: el capitán John Good, oficial de la Marina Real; sir Henry Curtis, hombre de posición acomodada, y el propio Allan Quatermain. Cada uno encarna determinados valores victorianos, aunque todos comparten los esenciales. Cubren así un amplio espectro y facilitan la identificación del lector con ellos y con lo que representan. John Good es la elegancia personificada. Siempre va impecablemente vestido, aseado y pulcro, y nunca se desprende del monóculo que luce en su ojo derecho. Es un individuo afable al que constantemente le están sucediendo cosas graciosas. Sin embargo, juega un papel más bien secundario, cediendo el protagonismo a los dos grandes caracteres de la novela: Henry Curtis y Allan Quatermain.

Estos dos personajes son absolutamente complementarios: si Curtis es rico, alto, robusto y luce una melena larga y rubia, Quatermain es pobre, bajito, delgado y con el pelo corto y gris. Curtis simboliza la fuerza, el poder y la habilidad de los ingleses. No duda en abandonar las Islas en busca de su hermano desaparecido en África y arriesgar la vida por él. Se trata de un tipo idealista que disfruta de la acción y del combate, lo que no quita para que posea inquietudes intelectuales. Por algo es experto en filología clásica. Curtis representa la capacidad del hombre occidental —y más concretamente del británico— para conseguir lo que se propone. En él se plasma el triunfo de la voluntad. Tal como él mismo le explica a un indígena llamado Umbopa: «No hay viaje en esta tierra que no pueda realizar un hombre si pone todo su empeño en ello. No hay nada que no pueda hacer, Umbopa, no hay montañas que no pueda atravesar (...) si le guía el amor y defiende su vida sin darle importancia, dispuesto a salvarla o perderla según ordene la Providencia»<sup>61</sup>.

Quatermain, por su parte, es en cierta medida su contrario: realista, enemigo de la violencia, pragmático, tímido, piadoso y discreto. Es también una persona sincera, a la que no le importa reconocer sus miedos y debilidades: «Como pueden haber conjeturado hace tiempo quienes leen esta historia, yo soy francamente un poco cobarde y sin duda nada aficionado a la lucha, aunque por alguna razón, mi destino haya sido con frecuencia encontrarme en situaciones desagradables y verme obligado a derramar sangre humana. Pero siempre lo he detestado, y he evitado, en

<sup>61</sup> Haggard, 1989, pp. 55-56.

lo posible, que mi sangre disminuyera mediante el uso juicioso de mis piernas»<sup>62</sup>.

Quatermain, con independencia de que nos creamos o no sus afirmaciones, se presenta como el prototipo del hombre sensato y civilizado, esa imagen que tanto agrada a las buenas familias de la City, tan vinculada con la idiosincrasia británica. Pese a llevar veinte años cazando elefantes, pese a vivir tanto tiempo en un continente sin civilizar y rodeado de salvajes (desde su punto de vista, claro), Quatermain sigue siendo un inglés de pura cepa, un caballero intachable. Ha matado a 65 leones, sí, y tiene que cazar para ganarse la vida, pero sigue sintiendo lástima por las «pobres bestias» que aniquila<sup>63</sup>.

En cualquier caso, los tres protagonistas son auténticos caballeros<sup>64</sup>: Good por la apariencia, el porte y el estilo; Quatermain por ser un hombre de orden, por su rechazo de la violencia aunque no se amilane si tiene que emplearla, y por su honestidad y pietismo; y Curtis por su transparencia, por la firmeza de sus convicciones y por su elevado sentido del deber: «Ningún hombre sobre la faz de la tierra puede llamarme cobarde»<sup>65</sup>. Juntos son el «victoriano perfecto», la encarnación ideal de toda una civilización, ese rasgo que tan bien expresa lo heroico. Como afirma George L. Mosse, «muchas de las cualidades que se esperaba que poseyera un caballero» del siglo XV, tales como «la lealtad, la rectitud, el valor, la sobriedad y la perseverancia resultaban singularmente adaptables y encajarían en la definición de la masculinidad moderna»<sup>66</sup>. Del mismo modo, «la apariencia física iba a cobrar una importancia que nunca tuvo anteriormente; no importaba sólo el comportamiento, sino también las apariencias»<sup>67</sup>. Estos personajes también encarnan esos valores masculinos.

Los propios africanos captan enseguida los principales rasgos de cada uno, de tal modo que a Quatermain lo llaman *Macumazah*, el que mantiene los ojos abiertos, y le tildan de «astuto zorro viejo, que ha visto mucho y a quien le gusta atacar al enemigo por detrás». Good, en referencia al monóculo, recibe el apelativo de *Bougman*, que significa ojo de cristal;

---

<sup>62</sup> Haggard, 1989, pp. 174-175.

<sup>63</sup> Haggard, 1989, pp. 49 y 50-51.

<sup>64</sup> Ranger, 2012, p. 226.

<sup>65</sup> Haggard, 1989, p. 181.

<sup>66</sup> Mosse, 2001, p. 24.

<sup>67</sup> Mosse, 2001, p. 25.

a Curtis, finalmente, lo reconocen por el nombre de *Incubu*, que significa elefante, subrayando su fuerza y valentía, así como su predisposición para atacar a pecho descubierto<sup>68</sup>.

Todos ellos, pues, reúnen los más preciados ideales victorianos, tanto en lo que respecta a educación y decoro («tras rogar a aquellas damas que salieran, cosa que las dejó atónitas y un tanto decepcionadas, procedimos a arreglarnos lo mejor que pudimos»), como los que tienen que ver con la honradez («dígame —contestó sir Henry— que no conoce a los ingleses. La riqueza es deseable y, si nos topamos con ella, la aceptamos, pero un caballero no se vende por dinero»), y la justicia («nosotros no derramamos sangre humana excepto en justo castigo»<sup>69</sup>). Por muchas penalidades que padezcan, por muchos retos que tengan que superar, por mucho que se adentren en la «barbarie» africana, esos valores permanecerán en ellos inmutables.

### c) *La imagen de los «nativos»*

Sin embargo, junto a la manifestación y defensa de estos valores, tan propios del liberalismo político y del espíritu capitalista, también se advierten expresiones y comportamientos que reproducen marcadamente la ideología Imperial. Aunque en varias ocasiones Quatermain critica ciertos aspectos de la política y del gobierno británicos, la narración comparte numerosos aspectos del discurso imperialista<sup>70</sup>. Así puede observarse tanto en el trato que estos hombres dispensan a los africanos («y ahora, márchate, holgazán»; «¿qué ocurre, Umbopa, pedazo de imbécil?»<sup>71</sup>), como en la imagen general que en la novela se transmite de ellos. El que sus apreciaciones no sean tan duras como el de otras narraciones no significa que el discurso de la superioridad racial «blanca» frente a la «degeneración racial» africana no esté presente. Pese a que al principio Quatermain rompe una lanza a favor de ellos afirmando que ha conocido a «nativos» que se comportan como auténticos caballeros, a lo largo de la narración aparecen claramente como seres inferiores: tanto en inteligencia («...para ser nativo, un hombre muy inteligente», «el cafre, que había contemplado

<sup>68</sup> Haggard, 1989, pp. 165-166.

<sup>69</sup> Haggard, 1989, pp. 110, 122 y 114.

<sup>70</sup> Dos de las críticas, por ejemplo, en Haggard, 1989, pp. 12-13 y 30.

<sup>71</sup> Haggard, 1989, pp. 28 y 74.

la operación sentado estúpidamente»), como en belleza («para pertenecer a una raza nativa, estas mujeres son extraordinariamente bellas»), o en progreso material («para ser una ciudad nativa, era enorme»)<sup>72</sup>. Pero además, en general, los africanos son aprovechados, incompetentes, despreciables y sinvergüenzas<sup>73</sup>.

Es cierto que en ocasiones se les elogia («esa raza no carece en absoluto de instinto poético y fuerza intelectual»<sup>74</sup>), pero dichas alabanzas son empleadas siempre de forma instrumental: bien porque lo que tienen de bueno los africanos lo han conseguido gracias a su contacto con los hombres blancos, bien porque el hecho de admirar una determinada actitud «nativa» agranda aún más los méritos o el comportamiento de los «occidentales». Ejemplo claro de lo primero podemos encontrarlo a partir del primer tercio de la narración, cuando los aventureros entran en contacto con un pueblo autóctono que ha permanecido aislado durante siglos. Prácticamente todas las cosas que para el narrador —Allan Quatermain— son dignas de elogio, provienen de su relación con hombres blancos de hace tres mil años: «Entre ellos vivían grandes hechiceros que habían aprendido su arte de los hombres blancos cuando “todo el mundo era oscuro”»<sup>75</sup>. Igualmente, al atravesar una magnífica carretera, los protagonistas preguntan a los habitantes del lugar quién la construyó. Y ellos les responden: «Fue construida hace mucho tiempo, mi señor; nadie sabe cómo ni cuando». Y en otro momento se añade:

Decidme, ¿quién construyó la gran carretera? Decidme, ¿quién hizo las inscripciones en las rocas? Decidme, ¿quién erigió los Tres Silenciosos que miran a través de la sima? (...) No lo sabéis, pero yo sí. Fue un pueblo de hombres blancos que llegaron aquí antes que vosotros<sup>76</sup>.

Todo lo admirable de la cultura autóctona es herencia aria. Ahora bien, así como puede haber «indígenas» dignos de respeto, aunque sea gracias a su contacto con los occidentales, en el caso de las mujeres no hay discusión posible: «Las mujeres son siempre mujeres, en cualquier parte del mundo, cualquiera que sea su color»; y, del mismo modo: «las

---

<sup>72</sup> Haggard, 1989, pp. 27, 37, 103 y 106.

<sup>73</sup> Haggard, 1989, pp. 11, 21-22, 30, 43, 57-58, etc.

<sup>74</sup> Haggard, 1989, p. 56.

<sup>75</sup> Haggard, 1989, pp. 20-21.

<sup>76</sup> Haggard, 1989, pp. 97 y 117.

mujeres traen problemas; eso es tan seguro como que la noche sigue al día». Aunque al principio de la novela Quatermain se jacta de que «no aparece ni una sola *falda* en todo el relato», las principales mujeres con cierto protagonismo en la trama son dos<sup>77</sup>: Faulata, una hermosa «indígena» que se sacrifica por su amado John Good, y Gabool, una sabia y malvada anciana que semeja más un demonio que una mujer. Los personajes femeninos, en cualquier caso, desempeñan un papel subalterno en la narración, apareciendo como simples comparsas, cuando no directamente (así sucede con Gabool) como enemigas de los varones y la civilización occidental.

Los kukuanas —ese es el nombre que recibe este pueblo— están gobernados, además, por un usurpador. Su nombre es Twala, un tirano sangriento que los dirige con mano férrea e implacable. Se lo describe como «el hombre de aspecto más repulsivo que habíamos visto jamás»<sup>78</sup>. Evidentemente, es el salvaje degenerado en estado puro: un asesino implacable y cruel, con un hijo de corazón aún más negro que el suyo. En cualquier caso, es la presencia de los hombres blancos y la ayuda que desinteresadamente prestan a quienes desean acabar con este gobernante cruel, la que posibilita que el legítimo heredero al trono, curiosamente un joven que ha vivido la mayor parte de su vida en contacto con los occidentales, acceda finalmente a él y gobierne con justicia y equidad. Así se lo recuerda Quatermain hacia el final de la aventura: «Ten en cuenta, Ignosi, que llegaste con nosotros como sirviente, y ahora, al dejarte, eres un rey poderoso. Si nos estás agradecido, recuerda que debes hacer lo que prometiste: gobernar con justicia, respetar la ley y no enviar a nadie a la muerte sin juicio previo. Así prosperarás»<sup>79</sup>.

Un siervo de los hombres blancos en occidente pasa a ser un rey entre los suyos. Como puede apreciarse, la superioridad británica es puesta constantemente en evidencia. Además, la actitud de Good, Curtis y Quatermain encaja exactamente con la práctica colonial imperialista:

Tanto o más que otras potencias coloniales europeas, los británicos se habían sentido en el deber de transmitir su religión y su cultura a los pueblos menos civilizados con los que entraban en contacto. Era una obligación moral nacida de ideas evangélicas y humanitarias que se

<sup>77</sup> Haggard, 1989, pp. 191, 140 y 10.

<sup>78</sup> Haggard, 1989, p. 111.

<sup>79</sup> Haggard, 1989, p. 237.

asentaba en la creencia de la superioridad y universalidad de los valores religiosos y seculares del occidente cristiano, especialmente los propios de las Islas Británicas<sup>80</sup>.

Parece que la cultura autóctona es sanguinaria y bestial, mientras que la de los ingleses no: ellos son un pueblo pacífico y justo, sin conflictos ni enfrentamientos. En su tierra reina la justicia, la igualdad y la concordia. El discurso idealista y dicotómico es más que evidente.

El segundo tipo de alabanzas que la narración dedica a los «indígenas» es igualmente instrumental, pues permite, por comparación, agrandar aún más los méritos occidentales. Quatermain, por ejemplo, elogia con entusiasmo la organización militar de los kukuanas, aspecto éste que no queda claro que sea debido a la intervención de los hombres blancos. Lo hace en los siguientes términos:

Allí estaban, erguidos, dirigiéndose a una muerte segura, a punto de abandonar la bendita luz del día para siempre, y sin embargo, capaces de pensar en su destino sin un estremecimiento. No pude evitar contrastar en esos momentos su estado de ánimo con el mío, que dis-  
taba mucho de estar tranquilo, y de proferir un suspiro de admiración y envidia. Hasta entonces nunca había visto una dedicación tan absoluta al concepto del deber, y una indiferencia tan completa hacia sus amargos frutos<sup>81</sup>.

Sin ánimo de profundizar en otras connotaciones que se insinúan en el texto, y que tienen que ver de nuevo con la inconsciencia y la brutalidad «indígena» frente a la superioridad y sensibilidad blanca, lo que a Quatermain le interesa destacar aquí está relacionado con la admiración que siente hacia esos extraordinarios guerreros. Se trata de la afirmación de un hombre experimentado, de un individuo que lleva más de veinte años viviendo en África y que se supone que ha visto de todo. Sin embargo, poco después, uno de esos mismos guerreros le dice lo siguiente a Henry Curtis: «Eres un gran hombre (...) He vivido una larga vida entre guerreros, y he conocido a muchos hombres valientes, pero nunca he visto a ninguno como tú». Y poco después, Quatermain añade: «En toda Kukuanalandia se consideraba al gran caballero inglés como un ser sobrenatural. Los sol-

---

<sup>80</sup> Canales, 1999, p. 313.

<sup>81</sup> Haggard, 1989, p. 170.

dados decían que un hombre no podía luchar como él lo había hecho ni, tras tanta fatiga y pérdida de sangre, matar en combate singular a Twala —que, además de ser el rey, era supuestamente el guerrero más fuerte de Kukuanalandia—, ni cortarle su cuello de toro de un solo hachazo»<sup>82</sup>.

El efecto queda claro. Pese a los halagos que reciben los «indígenas», calificados de soberbios combatientes, el hombre blanco siempre se sitúa por encima de ellos. Un simple ciudadano inglés es capaz, tras una pérdida anterior de energía y sangre, de derrotar en combate individual al mismísimo rey de los kukuanas, el más poderoso de esos guerreros a los que tanto admira Quatermain.

Así es cómo la narración, tomando elementos de los «auténticos» libros de viajes, construye una imagen muy concreta de los ciudadanos británicos y de los principios que los guían. Si aceptamos, con Dale Spencer, que el lenguaje es un elemento crucial en la construcción de la realidad; si representa un modo muy particular de clasificar y ordenar el mundo<sup>83</sup>, *Las minas del rey Salomón* no sólo reproduce esos valores ideales que la sociedad dominante inglesa desea destacar, sino que de alguna manera la narración contribuye a reforzar y asentar entre sus lectores esos mismos valores, omitiendo los actos de crueldad e injusticia, que siempre son cometidos por otros pueblos, por otras tradiciones culturales, como los árabes, los propios africanos o los portugueses.

¿Qué experimentaría entonces el lector británico leyendo esta aventura? Por un lado, y en la medida en que *Las minas del rey Salomón* expresa, idealizándolos, abundantes aspectos de la realidad africana y de sus exploradores, es muy probable que se sintiera reconfortado, tranquilo y seguro. Hombres valerosos están expandiendo la civilización y los principios británicos por el mundo, otorgando libertad y derechos por doquier. Así se lo hacen saber nuestros protagonistas al futuro rey de los kukuanas: «Ignosi —dijo sir Henry—, prométeme una cosa. (...) Que si llegas a ser rey de este pueblo, acabarás con la caza de brujos como la que hemos presenciado esta noche, y que en esta tierra no se matará a ningún hombre sin haberlo juzgado»<sup>84</sup>. La misión «civilizatoria» del imperialismo no puede manifestarse de forma más clara.

Pero además, los valerosos y justos ingleses acaban con los malvados, con unos demonios poderosos y hostiles que de lo contrario podrían ame-

<sup>82</sup> Haggard, 1989, pp. 178 y 189-190.

<sup>83</sup> Spender, 1983, p. 2

<sup>84</sup> Haggard, 1989, p. 138.

nazar las posesiones del Imperio y a sus ciudadanos. La dura represión llevada a cabo en la India en 1857 o la exitosa guerra contra los zulús en 1879 serían una buena muestra de ello. El combate entre el bien y el mal queda de nuevo expresado y transmitido con nitidez.

Por otro lado, la lectura de las aventuras de Quatermain, Curtis y Good amenizan la vida de esos lectores victorianos. El propio Quatermain lo expresa al principio de la novela, cuando explica que una de las razones por la que escribe esta experiencia es para que su hijo Harry, que trabaja en un hospital en Londres, «tenga algo con que divertirse. (...) El trabajo en un hospital a veces debe empalagar y hacerse aburrido (...) Este relato (...) llevará un poco de animación a su existencia»<sup>85</sup>. Es lo que tiene la monotonía de la civilización. Frente al trabajo diario y la rutina de la sociedad industrial y burocrática, compartir las vivencias de esos aventureros debía ser como un soplo de aire fresco: cazar leones y elefantes, atravesar desiertos, conocer a brujas y hechiceros, escalar montañas, combatir a poderosos guerreros y encontrar tesoros; disfrutar de los placeres sencillos, entablar profundas amistades, defender el honor y la reputación de su Imperio y hacerse ricos. Quatermain, Good y Curtis, como tantos otros, son héroes (en su sentido más clásico) con los que los ciudadanos se identifican. Los sienten como propios y los admiran: algo de ellos hay en todos esos aventureros, algo de esos aventureros hay en ellos. Ahí radica parte importante de su éxito y de su atractivo, buena parte de la fascinación que provocan.

Afortunado, el lector constata además el valor de su cultura, lo inseguro y peligroso que es el mundo, las penalidades que atraviesan sus conciudadanos mientras ellos leen sentados en su sillón, frente a la calidez de la chimenea: ante el temor al Otro, al bárbaro, al degenerado o al monstruo, la tranquilidad que proporciona la distancia y la superioridad tecnológica, cultural y racial británica. Con héroes así, ellos pueden dormir tranquilos.

A este conjunto de razones, empero, hay que añadirle otra que termina por explicar el éxito de todas estas narraciones de exploración y aventuras que contribuye a sostener toda un forma de organización política y social. Se trata de un aspecto que no tiene que ver tanto con la nación británica y su Imperio sino con las pasiones. Un asunto del que ahora mismo nos vamos a ocupar.

---

<sup>85</sup> Haggard, 1989, p. 10.

## El paisaje y el deseo

Como han indicado distintos autores, una de las características del paisaje africano propias del tipo de narrativa a la que se adscribe *Las minas del rey Salomón* es la de la sexualización del entorno, la equiparación del panorama africano con el cuerpo femenino<sup>86</sup>. Quizá el elemento más destacado de esta erotización en la novela de Haggard sea el mapa que guía a los héroes hasta Kukuanalandia y el tesoro; un mapa que reproduce, tal vez de forma inconsciente, los órganos sexuales femeninos<sup>87</sup>. Como afirma Stott, esta equiparación apunta a inquietudes de tipo sexual: «Penetrar demasiado profundamente en los misterios de la mujer o en los misterios de África, es arriesgarse a liberar algo peligroso y potencialmente mortal»<sup>88</sup>.

Estos mismos autores también defienden que la evocación del paisaje expresa una cierta ansiedad ante los riesgos que, para los hombres civilizados, representa adentrarse en las primitivas profundidades africanas. Soportar esa dura prueba será todo un reto para los valientes varones británicos, convirtiéndose África en el lugar donde la masculinidad es puesta a prueba<sup>89</sup>. Ya sea debido al peligro de liberar esos instintos sexuales salvajes, domesticados por la civilización, ya sea debido a la amenaza que para su hombría representa la degeneración racial, penetrar en África estará sólo al alcance de los varones más capaces.

Sin embargo, otros sentidos pueden superponerse a estas lecturas clásicas. Erotizar el paisaje puede entenderse como un manifestación más o menos soterrada de ciertos temores relacionados con las sexualidad femenina y las reivindicaciones que por aquellos años estaban planteando algunos colectivos femeninos; erotizar el cuerpo femenino, en cualquier caso, formaba parte de los códigos culturales de la sociedad victoriana, pues cumplían funciones que iban más allá del simple deseo sexual, como a continuación quedará demostrado<sup>90</sup>. Por tanto, dejando de lado estas interpretaciones, insistiré aquí en otras implicaciones del

<sup>86</sup> Stott, 1989; McClintock, 1995; Stiebel, 1998.

<sup>87</sup> McClintock, 1995, pp. 1-6.

<sup>88</sup> Stott, 1989, p. 75: «*to penetrate too deeply into the mysteries of woman or into the mysteries of Africa, is to risk releasing something dangerous and potentially deadly*». Mi traducción.

<sup>89</sup> Stott, 1989, p. 85.

<sup>90</sup> Marcus, 2007, p. 61.

paisaje africano que permitirán, o al menos eso espero, subrayar la complejidad y multiplicidad de referencias que evocaba en los lectores victorianos<sup>91</sup>.

Como decíamos, la aventura narrada en *Las minas del rey Salomón* está atravesada por el paisaje de África. Cada vez que puede, Quatermain describe las maravillas que se despliegan ante sus ojos, la impresionante belleza del continente: «Permanecemos contemplando el panorama maravilloso, mientras las estrellas palidecían ante aquella casta majestad, y sentimos que nuestros corazones se elevaban ante una belleza que no podíamos comprender y mucho menos describir. Lector, mi vida ha sido muy dura, pero hay algunas cosas por las que agradezco haber vivido, y una de ellas es haber visto salir la luna en Kukuanalandia»<sup>92</sup>.

Ante este espectáculo de ensueño se yergue la descripción de la vida en la gran urbe industrial, sobre la que algo se ha comentado al principio del artículo. Ahora, sin embargo, podemos recurrir a Edmondo De Amicis. El apasionado viajero y novelista italiano describe así sus primeras impresiones tras su arribada a Londres en 1874:

Me parecía haber caído en el caos: un estrépito de carruajes que no veía, un pitar de trenes por calles llenas de raíles que no lograba ver, un barullo de luces arriba y abajo, por todas partes y a cualquier altura, una niebla que no me permitía adivinar las formas ni las distancias, y un ir y venir de gente que corría como si huyera de algo: este fue el primer espectáculo que se me ofreció.

Frente al caos y al estrépito, frente al barullo de luces y el ir y venir de la muchedumbre, la serenidad, la placidez de África:

El arroyo (...) canturreaba alegremente a nuestro lado, el suave viento murmuraba entre las hojas de los árboles plateados, las palomas se arrullaban a nuestro alrededor y los pájaros de brillantes plumas centelleaban como gemas vivientes de rama en rama<sup>93</sup>.

---

<sup>91</sup> Por otro lado, para entender la posición de la novela con respecto a la situación de la mujer no creo que haga falta recurrir al paisaje. Basta analizar las figuras femeninas (y su ausencia), para hacerse una idea clara y evidente. En cualquier caso, este último aspecto excede con mucho los propósitos del presente escrito.

<sup>92</sup> Haggard, 1989, p. 108.

<sup>93</sup> Haggard, 1989, p. 89.

## Y mientras tanto, en Londres...

...el ruido de los puentes de hierro que tiemblan bajo el peso de larguísimos trenes, silbidos, nubes de humo, soplidos afanosos sobre mi cabeza, bajo mis pies, cerca y lejos, por tierra, agua y aire; una especie de concurso, una furia de cosas que salen y de cosas que llegan, de encuentros y de persecuciones, acompañados por un estrépito de chasquidos, de susurros, de un retumbar continuo, como el de una inmensa batalla y el orden de una desmesurada oficina; y además, la oscuridad del cielo, lo tétrico de los edificios, el silencio de la multitud, la gravedad de los rostros que da al espectáculo un no sé qué aspecto de misterioso y doloroso, como si aquel gigantesco movimiento fuese una necesidad fatal y aquel inmenso trabajo, una especie de condena<sup>94</sup>.

Edmondo De Amicis describe el Londres cotidiano. Aunque a él le parezca fuera de lo corriente, es un panorama que se repite en cualquier ciudad industrial británica de la época: ruido, polución, suciedad, tráfico... Es de suponer que los lectores de *Las minas* conocen bien esa realidad de sus ciudades; en cambio no están tan bien informados sobre lo que verdaderamente acontece en las colonias, sencillamente porque en general no tienen un conocimiento directo de ellas. Por eso disfrutaban tanto leyendo las idealizadas aventuras de sus conciudadanos en las lejanas posesiones del Imperio. Comparado con la vida que describe Edmondo De Amicis en ese Londres superpoblado y caótico, ¿quién no siente paz y sosiego leyendo fragmentos como éste?

No sé cómo describir el magnífico panorama que se desplegaba ante nuestros ojos embelesados. Nunca he visto nada igual, y creo que nunca volveré a verlo (...). Se extendían leguas y leguas del más delicioso paisaje de fértiles campos. Acá había densas manchas de grandiosos bosques, acullá un gran río serpenteaba en su lecho de plata. A la izquierda había una vasta extensión de hierba o *veldt*, ondulante y de color intenso, en la que distinguíamos incontables manadas de animales salvajes o reses (...). El paisaje se nos ofrecía como un mapa en el que los ríos centelleaban como serpientes plateadas y se alzaban con solemne magnificencia picos como los de los Alpes, coronados de guirnaldas de nieve caprichosamente retorcidas, todo ello presidido por el sol alegre y el profundo aliento de la vida feliz de la Naturaleza<sup>95</sup>.

<sup>94</sup> Amicis, 2008, pp. 13 y 22.

<sup>95</sup> Haggard, 1989, pp. 85-86.

Permítanme que insista: «...todo ello presidido por el sol alegre y el profundo aliento de la vida feliz de la Naturaleza». Frente a los rigores de la industrialización, frente a la celeridad e inseguridad de la modernidad, la felicidad de la vida en la naturaleza. Esto no es sólo un anhelo británico, sino una reacción que se produce en todos los países en proceso de industrialización que tienen colonias<sup>96</sup>. En *Las minas del rey Salomón* las alabanzas a la geografía africana se aprecian con total nitidez. Y no cabe duda alguna de que en los «auténticos» libros de viajes del XIX, tanto las descripciones como el efecto que producen es el mismo: «No intentaré describir este glorioso panorama, pues me siento incapaz de transmitir la impresión que producían las vistas del Kibo y del Kimawenzi»<sup>97</sup>. Lo cierto es que a medida que los protagonistas de la novela de Henry Rider Haggard se internan en el corazón de África, más próximos parecen estar de la tierra prometida: «Era como estar en el paraíso», recalca Quatermain en una ocasión; y en otra, añade: «Verdaderamente, esta nueva tierra era poco menos que el paraíso terrenal; nunca he visto otra igual por su belleza, su riqueza natural y su clima»<sup>98</sup>. Evidentemente, se trata de una realidad que se desarrolla y atrae como mero contraste a la dura y difícil cotidianidad de la vida urbana.

Así pues, todos esos relatos de viajes no sólo parten de una posición de superioridad moral y cultural de Occidente respecto a los lugares que visitan, sino que también aparecen teñidos con un toque romántico que va a determinar la imagen que el público va a formarse, tanto del aventurero y del explorador, como del Otro, de esas otras culturas y regiones que son visitadas y representadas sobre el papel o el lienzo.

El propio Henry Curtis es un personaje de corte marcadamente romántico. No porque esté dispuesto a morir en África por su hermano, cosa hasta cierto punto comprensible, sino porque no duda en ofrecer su vida por la causa de la liberación del pueblo kukuana en su lucha contra el enemigo. Curiosa manera de cambiar las tornas, por cierto: el opresor del pueblo africano es su propio dirigente, no los colonizadores europeos. En cualquier caso, la actitud de Curtis evoca al compromiso de

---

<sup>96</sup> Blom, 2010, pp. 433-436 y Ranger, 2012, p. 222.

<sup>97</sup> Thomson, 1887, p. 80: «*I will not attempt to give any description, so inadequate is my vocabulary to convey any worthy conception of the effect which the sight of Kibo and Kimawenzi have on the mind*». Mi traducción. El Kibo y el Kimawenzi son dos de los tres volcanes que forman el Kilimanjaro.

<sup>98</sup> Haggard, 1989, pp. 89 y 100.

lord Byron con la causa griega, aquella que finalmente costó la vida al padre del romanticismo inglés.

De África, pues, emana un halo romántico que va a formar parte del imaginario inglés sobre el continente durante la segunda mitad del XIX y principios del XX. Se verá como un lugar paradisíaco de belleza indescriptible en el que se puede alcanzar la dicha; una auténtica quimera para los habitantes de las bulliciosas y sucias calles de las metrópolis. Eso representa África para Occidente, pero también todas aquellas tierras consideradas exóticas por los europeos y que se agrupan sin mayores distinciones bajo la denominación de Oriente. Para los súbditos de la reina Victoria Oriente era lo que leían en los libros de viajes, en las ficciones que lo recreaban o en los cuadros que realizaban artistas como Frederick Leighton o Edwin Long. Pocas noticias ofrecía la prensa sobre esas regiones, más interesada en los asuntos explícitamente relacionados con las Islas, al menos hasta las denuncias efectuadas ya en el siglo XX por Roger Casement y Edmund Morel sobre el trato a los «indígenas». El Imperio, África y lo oriental estaban presentes en la vida cotidiana de los británicos como una música de fondo. Era algo remoto y exótico, que emitía un toque de distinción, misterio y deseo. Es lo que Blom llama «imaginación orientalizante»:

Imágenes del negro fuerte, pero salvaje, del asiático resistente en la cama y del árabe célebre por su potencial sexual, con sus harenes e infinitas mujeres a su disposición (...) La fascinación por Oriente también era fascinación por un mundo sensual de emociones fuertes y «naturales», un paraíso erótico aún no tocado por la mano fulminante de la Iglesia ni por la perversión de la gran urbe (...) La imaginación orientalista se alimentaba de esas fantasías, aun cuando lejos de la civilización industrial la realidad no se pareciera en nada a esos sofocantes escenarios de seducción<sup>99</sup>.

Volvemos a encontrar esto en la novela de Rider Haggard. Los guardianes de la moral victoriana, tan estrictos en materia sexual, no se escandalizan porque en *Las minas del rey Salomón* se describan unas montañas como bustos femeninos: «Estas montañas (...) tienen exactamente la misma forma que los pechos de una mujer. La base se elevaba sua-

<sup>99</sup> Blom, 2010, pp. 177-178. Sobre la presencia del Imperio en la vida cotidiana de los principales países europeos, véanse las pp. 165-182.

vemente de la llanura, y desde lejos parecían completamente redondas y lisas. En la cumbre de ambas había un extenso montículo redondo cubierto de nieve, que se correspondía exactamente con el pezón del pecho femenino»<sup>100</sup>.

Tampoco se alarman por la simbología que evidencian, pues es tras esos enormes pechos donde Quatermain y compañía van a alcanzar el paraíso en la tierra. Y es que África y Oriente también tienen algo de paraíso erótico, de un lugar no regido por las estrictas convenciones burguesas en materia amorosa. Esas imágenes sensuales atraen también a los lectores y les permiten fantasear y evadirse:

Se veían innumerables grupos de muchachas kukuanas, no precisamente muy tapadas (...). Bailaban y bailaban, y la luz triste de la luna les confería un aire extraño e espiritual; ora giraban una y otra vez, ora se unían en mímica lucha, cimbreándose, arremolinándose acá y allá; avanzaban, retrocedían en una ordenada confusión deliciosa de presenciar. Por fin se detuvieron, y una joven bellísima se separó de las filas y empezó a hacer piruetas que hubieran avergonzado a la mayoría de las bailarinas de ballet clásico<sup>101</sup>.

Las referencias a la belleza de las mujeres son tan constantes en la novela como las alusiones a la hermosura de los paisajes, de tal forma que una y otra constituyen un todo inextricable que cala en el lector, construyéndose así una determinada imagen de África, aunque también de Oriente. Ambas geografías están igualmente unidas en cuanto a este simbolismo, aspecto que puede apreciarse en otro pasaje de *Las minas del rey Salomón*:

La escultura femenina, que estaba desnuda, poseía una belleza serena (...). Por el contrario, los dos colosos masculinos estaban vestidos (...). Volvió a apoderarse de nosotros una intensa curiosidad por saber qué manos los habían esculpido (...). Mientras miraba asombrado, recordé de repente (...) que Salomón vagabundó durante algún tiempo en busca de extraños dioses; conocía el nombre de tres de ellos: Astoreth, diosa de los sidonios; Chemosh, dios de los moabitas, y Milcom, dios de los hijos de Amón, y sugerí a mis compañeros que las tres esta-

---

<sup>100</sup> Haggard, 1989, p. 70.

<sup>101</sup> Haggard, 1989, pp. 139 y 141.

tuas que teníamos ante nosotros podían representar a aquellas falsas divinidades<sup>102</sup>.

Nótese la desnudez de la escultura femenina frente al recato de las masculinas. En realidad, el paraíso del que habla Quatermain no es sólo visual; también contiene un alto grado de deseo y placer sexual. Visto desde nuestra perspectiva, estas escenas pueden parecer totalmente inocentes, pero en una época previa a la aparición del cinematógrafo y las imágenes en movimiento, las lecturas de estos pasajes afectaban a los interesados de una forma que nosotros no podemos llegar a imaginar.

*Las minas del rey Salomón*, por tanto, cumple distintas funciones como producto cultural destinado al incipiente consumo de masas. Por un lado Henry Rider Haggard es capaz de recrear la figura del héroe clásico, uniendo a aquellas andanzas las cuitas propias del imperialismo del siglo XIX, imbuyendo a los héroes de las cualidades más apreciadas por los «eminentes victorianos». Esas aventuras ayudan a construir lo que Mary Louis Pratt llama el «sujeto doméstico del Imperio», esa sensación de familiaridad que se establece entre los lectores y las remotas regiones de las que los exploradores británicos se apoderan en nombre de Su Majestad, haciéndoles no sólo sentir a salvo y contentos, sino haciéndoles pensar que forman parte de un proyecto planetario que tiene como objetivo expandir los beneficiosos, justos y honestos principios que siempre han guiado a los ingleses.

Del mismo modo, la lectura de las aventuras de Quatermain y compañía sirve de entretenimiento y de evasión para los lectores. El contraste que se establece entre África y la vida en las ciudades les permite escapar, aunque sea durante unas horas, de distintas constricciones que atentan la vida del ciudadano británico. Libertad, placer, sensualidad, deseo... leer la novela de Haggard es una forma de asomarse a otro mundo, ideal y maravilloso, y olvidarse de la dura realidad de la existencia industrial moderna, con sus vertiginosos cambios y sus incertidumbres, tanto sociales como culturales.

La combinación de todos estos elementos, unido a la habilidad narrativa de Haggard, posibilitará que el mensaje ideológico transmitido en *Las*

---

<sup>102</sup> Haggard, 1989, pp. 200-201. Astoreth era la diosa de la fertilidad y del amor sexual de los cananeos, también conocida en Babilonia como Istar. Chemosh es el dios de los moabitas, habitantes de la actual Jordania. Milcom es Moloch, también conocido como Baal, dios, entre otros, de fenicios y cartagineses. Amón es una divinidad egipcia.

*minas del rey Salomón* se proyecte hacia el futuro con inusitada fuerza, contribuyendo a construir una imagen de Oriente y del colonizado, de los valores de la cultura británica y del hombre blanco en general, que, con sus variantes, persiste hasta nuestros días. Asunto este último que excede con mucho el propósito del presente artículo<sup>103</sup>. *Las minas del rey Salomón*, en definitiva, cumple con creces su principal objetivo: entretener y emocionar a sus lectores. El talento de Henry Rider Haggard capta extraordinariamente bien las inquietudes y los deseos de la sociedad de su tiempo, y los canaliza a través un texto complejo y múltiple, de variadas lecturas, pero que, en esencia, contribuye a difundir y universalizar unos valores occidentales bien concretos contribuyendo a crear una visión del mundo acorde a determinados intereses.

## Bibliografía

- BAINES, Dudley, *Migration in a Mature Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- BAKER, Samuel W., *The Albert N'yanza, Great Basin of the Nile and Explorations of the Nile Sources*, London, McMillan and Co., 1868.
- BASSNETT, Susan, «Travel writing and gender», en HULME, Peter and YOUNGS, Tim [eds.], *The Cambridge Companion to Travel Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 225-241.
- BLOM, Philipp, *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- BRIDGES, Roy, «Exploration and travel outside Europe (1720-1914)», en HULME, Peter and YOUNGS, Tim [eds.], *The Cambridge Companion to Travel Writing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 53-69.
- BURKE, Peter, *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006 [2004].
- BURTON, Richard F., *Personal Narrative of a Pilgrimage to El-Medinah and Meccah*, New York, G. P. Putnam & Co., 1856.
- CAMERON, Verney Lovett, *Across Africa*, New York, Harper & Brothers, 1877.

---

<sup>103</sup> Remito aquí, por poner un ejemplo, a la polémica en torno a los trabajos de Kapuscinski: Garton Ash, 2010. [http://elpais.com/diario/2010/03/12/opinion/1268348412\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2010/03/12/opinion/1268348412_850215.html). (Consultado el 17-01-2016). Ryle, 2001. El artículo de Garton Ash surge a raíz de un controvertido ensayo titulado *Kapuscinski non fiction* (Artur Domoslawski, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010). Allí su autor, precisamente, desvela las invenciones e inexactitudes de la obra periodística del escritor polaco. Y si aún persisten las dudas de cómo esa imagen de Oriente se prolonga todo lo largo del siglo xx, véase la saga de Indiana Jones (Steven Spielberg, 1981-2008).

- CANALES, Esteban, *La Inglaterra victoriana*, Madrid, Akal, 1999.
- CARRERA, Elena, «Escritura femenina y literatura de viajes. Viajeras inglesas en la España del XIX, lugares comunes y visiones particulares», en LUCENA GIRALDO, Manuel y PIMENTEL, Juan [eds.], *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CESIC – Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, pp. 109-130.
- COLLINS, Wilkie, *El público, ese desconocido*, Madrid, Siruela, 2012 [1873].
- CRESPO, Emilio, «Introducción general», en HOMERO, *Ilíada*, Gredos, Madrid, 2000.
- DE AMICIS, Edmondo, *Recuerdos de Londres y París*, Madrid, Páginas de Espuma, 2008 [1874].
- FREELAND, Alan, «Versions of the Imperial Romance: «King Solomon’s Mines» and “As Minas de Salomão”», *Portuguese Studies*, Vol. 23 No. 1 (2007), pp. 71-87.
- GARTON ASH, Timothy, «La polémica creatividad de Kapuscinski», *El País*, 12 de marzo de 2010.
- GASQUET, Axel, «“Bajo el cielo protector”. Hacia una sociología de la literatura de viajes», en LUCENA GIRALDO, Manuel y PIMENTEL, Juan [eds.], *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CESIC – Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, pp. 31-66.
- GRAMSCI, Antonio, *¿Qué es la cultura popular?*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011.
- GULDI, Jo y ARMITAGE, David, *Manifiesto por la historia*, Madrid, Alianza, 2016 [2014].
- HAGGARD, Henry Rider, *King Solomon’s Mines*, New York, Longmans, Greens and Co., 1901.
- HAGGARD, Henry Rider, *Las minas del rey Salomón*, Madrid, Grupo Anaya, 1989.
- HARARI, Yuval Noah, *Sapiens*, Barcelona, Debate, 2017 [2013].
- HOURIHAN, Margery, *Deconstructing the Hero*, London and New York, Routledge, 1997.
- JEAL, Tim, *Livingstone*, Yale University Press, 2001.
- KATZ, Wendy Roberta, *Rider Haggard and the Fiction of Empire: A Critical Study of British Imperial Fiction*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010 [1987].
- KERÉNYI, Karl, *Los héroes griegos*, Girona, Atalanta, 2009 [1958].
- MARCUS, Sharon, *Between Women. Friendship, Desire, and Marriage in Victorian England*, Princenton and Oxford, Princenton University Press, 2007.
- MARKHAM, Albert Hastings, *The Great Frozen Sea: A Personal Narrative of the Voyage of the «Alert» During the Arctic Expedition of 1875-6*, London, C. Kegan Paul & Co., 1880.
- MCCLINTOCK, Anne, *Imperial Leather*, New York, London, Routledge, 1995.

- MINTER, William, *King Solomon's Mines Revisited*, New York, Basic Books, Inc., 1986.
- MORRIS, William, *Noticias de ninguna parte*, Madrid, Capitán Swing, 2011 [1890].
- MOSSE, George L., *La imagen del hombre. La creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa, 2001 [1996].
- NARES, George S., *Viaje al Polo Norte (La expedición del Alert y del Discovery)*, Barcelona, Laertes, 1982.
- PATTERSON, Richard F., «“King Solomon's Mines”: Imperialism and Narrative Structure», *The Journal of Narrative Technique*, Vol. 8, No. 2 (Spring, 1978), pp. 112-123.
- PONS, Anaclot y SERNA, Justo, *La historia cultural*, Madrid, Akal, 2013 [2005].
- PRATT, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London, New York, Routledge, 2008 [1992].
- PRATT, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2010 [1992].
- RANGER, Terence, «El invento de la tradición en el África colonial», en HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2012.
- RYLE, John, «Tales of Mythical Africa», *Times Literary Supplement*, 27 July 2001.
- SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Random House Mondadori, 2009.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, «El imperio amenazado. La literatura de Rider Haggard ante la decadencia», *Cuadernos de investigación filológica*, 39 (2013), pp. 107-128.
- SASSOON, Donald, *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona, Crítica, 2006.
- SPENDER, Dale, *Man Made Language*, London, Boston, Melbourne and Henley, Routledge & Kegan Paul, 1983 [1980].
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty, *Crítica de la razón poscolonial*, Madrid, Akal, 2010.
- STIEBEL, Lindy, «Imagining Empire's Margins: Land and Rider Haggard's African Romances», *Alternation*, 5, 2 (1998), pp. 91-103.
- STIEBEL, Lindy, *Imagining Africa: Landscape in H. Rider Haggard's African Romances*, Westport, London, Greenwood Press, 2001.
- STOTT, Rebecca, «The Dark Continent: Africa as Female Body in Haggard's Adventure Fiction», *Feminist Review*, n.º32, (Summer, 1989), pp. 69-89.
- THOMSON, Joseph, *Through Masai Land*, London, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1887.
- VILLARES, Ramón y BAHAMONDE, Ángel, *El mundo contemporáneo. Siglos XIX y XX*, Madrid, Taurus, 2001.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997 [1977].
- ZIMMERMANN, Clemens, *La época de las metrópolis. Urbanismo y desarrollo en la gran ciudad*, Madrid, Siglo XXI, 2012 [1996].

### **Datos del autor**

Profesor asociado en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia. Especialista en Historia cultural, su línea de investigación orbita en torno a las distintas producciones culturales de los siglos XIX y XX. Ha realizado variados estudios sobre el mundo liberal del Ochocientos. De entre ellos ha prestado especial atención a la sociedad burguesa valenciana del siglo XIX y a la Inglaterra victoriana (fundamentalmente durante el período comprendido entre 1850 y 1901). Del siglo XX se ha centrado en el estudio de la literatura, el cine y la música. Sus objetivos científico-técnicos se centran en la importancia que la cultura tiene en la construcción de las identidades sociales. Partiendo la idea de que las manifestaciones culturales son tan importantes como la política o la economía en la configuración de las sociedades, en los años venideros profundizará en la construcción y delimitación histórica de las diversas identidades sociales.